

las mujeres, salvo muy raras excepciones, está hecho para la asimilación... Estudie usted á Jorge Sand... Pueden distinguirse, en su carrera literaria, las sucesivas modificaciones de su estilo, y la diversidad de sus tendencias, según los hombres á cuyo lado vivió... Fíjese en Teresa... Ha abandonado los artificios de Mels... La combinación de los tonos, la sabia superposición de las luces, todo el arte un si es no es rebuscado del maestro ha sido olvidado. Y hallamos en cambio el toque franco de Mayrault, la fluidez de sus grises, y la transparencia de sus fondos... ¡Ah! Teresa, si hubiese usted inventado esas fórmulas, sería una artista admirable... ¡Y no es más que una aprovechadísima discípula!...

—¿Entonces, para usted, este hermoso retrato es pura imitación?

—Ha sido visto á través de Mayrault...

—Pues oiga, Ténéran, dígamelo usted á mí, pues en ello no hay inconveniente ninguno, pero no se le ocurra decírselo á nadie, ni siquiera á Mels... Y mucho menos á Teresa.

Ténéran-hubiera interrogado de buena gana á Celia. Pero Teresa volvía con el sombrero puesto, y se marcharon juntos.



IV

En su taller de la calle Lamarck, en la cumbre de la colina de Montmartre, Mayrault, después de terminar su trabajo, se había tendido en un cómodo diván y fumaba fantaseando. Una tela de tres metros de altura por cinco de ancho ocupaba toda la pared del fondo de la vasta pieza. Era la hermosa composición *El arte moderno*, que le había encargado el Estado para ser reproducida por la fábrica de los Gobelinos. Mayrault había agrupado los maestros contemporáneos con gusto espiritual y delicado: pintores, músicos, escultores, poetas; y había puesto por fondo á aquella fraternal reunión el hermoso jardín de su casa, con el panorama de París en último término. La impresión era plácida, poética, luminosa y simpática.

La mirada, sorprendida de pronto por el realismo manifiesto de los trajes y los acce-

sorios, dejábase dominar por la brillantez del conjunto, la valentía del mecanismo y la serenidad que se desprendía de las flores, de la verdura y del cielo. Era nuevo y al propio tiempo magistral. El ministro, en una visita que hizo acompañado por un amigo de Mayrault se creyó en el caso de resumir su impresión en estos términos: «Es un Watteau del siglo XX.»

Ténéran por poco revienta de risa. Pero dejando aparte el elogio ministerial, era fanático del cuadro. Así es que escribió: «Cuando los maestros tapiceros de los Gobelinos den por terminada la copia, habrá que colocar la obra en el Luxemburgo, esperando que triunfe en el Louvre. Porque este cuadro, al propio tiempo que la obra de un maestro, es un documento inapreciable, desde el punto de vista de la historia de las artes, porque presenta clásicamente ordenada la galería de hombres célebres reunidos por Mayrault, conversando familiarmente, á la vista de París, entre las rosas y clemátides.»

En aquellos momentos el joven maestro no parecía preocuparse gran cosa de su *Arte moderno*. Clavaba obstinadamente la mirada en el techo, lanzando bocanadas de azulado humo. Hacía tres días que no había puesto los pies en la avenida de Villiers, y vivía encerrado en su casa, angustiado por los sucesos que se preparaban y de que había tenido noticia. Unos enviados oficiosos estuvieron á

verle de parte del ministro, con objeto de exponerle las dificultades del gobierno preso entre los reglamentos del concurso, la decisión del jurado, que iba á conceder el premio á Mels, y la opinión pública, que lo concedía á Mayrault, denunciado por la prensa liberal, por los críticos de arte y por sus mismos compañeros, como autor del boceto expuesto.

Daniel rechazó con frialdad las ofertas de transacción que se le hicieron para salvar la situación, ofertas que aseguraban á Mels la dirección del trabajo y le designaban á Mayrault como adjunto para la ejecución. La única respuesta que dió fué esta:

—No comprendo el objeto que se proponen ustedes. El autor del proyecto sometido al examen del jurado es el señor Mels de Feutrait, mi maestro. Lleva su firma. Nadie más que él puede ejecutarlo. Cuantos pretenden reconocer mi mano en aquella pintura hacen grande honor á un discípulo y grave ofensa á un artista eminente como el señor Mels. Daríame por dichoso si pudiera seguir sus huellas merced á las admirables enseñanzas que de él he recibido. Pero no intento igualarle. Tiene demasiado talento para que me atreva á ponerme en parangón con él. Si el jurado comete una injusticia no concediendo el premio al único que lo merece, nuestra ciudad se verá privada de una obra bellísima, porque nadie es capaz de superar al señor Mels y no sería yo ciertamente quien se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALEJANDRO J. MELS"

1915 MONTERREY, MEXICO

arriesgara á ello. Temería evidenciar el error de los que me atribuyen el mérito de la obra de mi maestro. Así, pues, quedamos de acuerdo: el premio al señor Mels, ó en otro caso á quien ustedes quieran, entre los afeminados concurrentes que han pintado sus alegorías siguiendo el estilo de Cabanel.

En vano los capciosos mensajeros le demostraron las ventajas que obtendría prestándose á un arreglo que pondría fin á las polémicas, libraría al ministro de sus preocupaciones y satisfaría á la vez á Mels y á la opinión. Mayrault permaneció inquebrantable y respondió:

—Nada tengo que ver con el boceto del señor Mels. No quiero oír hablar más de este asunto. No deseo ocuparme más que de mi *Arte moderno*, que me da, por sí solo, bastante que hacer.

Y condujo á los visitantes ante su admirable *panneau*, donde se agrupaban, con espontaneidad y firmeza maravillosas, las grandes figuras contemporáneas, en un paisaje florido y vibrante de luz.

La determinación de Mayrault fué dictada sin duda alguna por su afecto al maestro. Pero la influencia de la señorita Aufridi había dado á las negativas del joven pintor aquella firmeza casi brutal que desconcertó á todos los conciliadores. La idea de que Teresa pudiera vituperarle, juzgarle ingrato, le causaba insoportable angustia. Y además, sentíase

más tranquilo pensando que servía fielmente á su maestro, y que le daba una parte de su gloria rechazando la paternidad de aquella obra universalmente admirada.

En el fondo obscuro de su conciencia sentía un alivio haciendo este sacrificio. Era como la compensación de la parte de cariño de Teresa que le había robado, pues no podía dudar de que se había verificado un gran cambio en el corazón de la joven, desde algunas semanas acá, y que él mismo la amaba perdidamente.

Tendido en su canapé, fumando, se decía todo esto, esforzándose en precisar entre las nebulosidades de su ensueño, entre las espirales del humo de su cigarrillo, el rostro delicado de Teresa. La buscaba, y como si estuviera decidida á separarse de él, ella se desvanecía, sonriente y misteriosa, huyendo á su pesar, mas huyendo siempre, sin embargo. Parecía que dijese: «Hacemos mal en amarnos, debemos vivir lejos uno de otro. No puedo evitar que mi corazón palpite al unísono con el suyo, pero ¿no es una acción desleal la que cometemos abusando de la confianza de Mels? Siga usted, amigo, hacia el porvenir de dicha y de gloria que le espera, y déjeme con mis cuitas. No puedo ser lo que usted pretende que sea, y no obstante, le amo. Me quedará la tristeza de haber poseído su cariño y no haberle podido corresponder con un afecto semejante, porque no soy

libre de hacerlo. Estoy encadenada á Mels con lazos que no debo romper, bajo pena de que me culpen de torpe y desagradecida. No soy la mujer que á usted conviene. Pase usted, amigo, y siga el brillante camino que tanto me hubiera enorgullecido recorrer con usted.»

Y como si se despidiera, la boca de labios delicados, del semblante entrevisto entre las nebulosidades del ensueño, sonreía tristemente. Y el pensamiento de Mayrault se fijó entonces en el problema de la situación de Teresa respecto á Mels, que no se había preocupado en investigar cuando la joven le era indiferente y que se planteaba ahora con irritación irónica: «¿Qué clase de relación hay entre Teresa y Mels?»

Antes, cuando sus compañeros de taller ó los periodistas hablando entre sí, respondían sin contemplaciones: «¡Es su amante!», Mayrault no se encolerizaba. Le parecía muy natural que los sentimientos de la discípula por el maestro hubieran tomado un carácter apasionado. La verde madurez de Mels, tan guapo y tan elegante, la simpatía de sus aristocráticas facciones y su brillante ingenio bastaban á explicar la adhesión de Teresa hacia el pintor ilustre. Por añadidura ¿no le debía ella todo cuanto era? ¿Qué extraño, pues, que un amoroso lazo hubiera unido á la encantadora niña y al maestro, tan agradable

aún? «Teresa es la amante de Mels.» Así se decía; y Mayrault dejaba decir.

Ahora, al recordarlo, se estremecía de dolor é indignación. ¿Por qué sospechar lo malo? ¿Qué maligna estupidez impelía á aquellas personas que tan libremente hablaban de Teresa y de Mels? ¿Era posible, y ni siquiera probable que entre aquel hombre de cuarenta y cinco años y aquella muchacha de diez y ocho pudiera existir y perdurar relación íntima alguna? Fué recordando todos sus movimientos y todas sus palabras, con objeto de formarse una convicción. Las apariencias daban la razón á los maliciosos. Lo cierto era que Teresa vivía en casa de Mels, con Mels. No era dudoso que el maestro tuteaba á su discípula y la trataba con tierna y cariñosa familiaridad. Veinte veces las conversaciones del taller habían tomado un carácter picante y libre que Mels no había tratado de atajar, lo que no hubiera dejado de hacer si hubiese podido imaginar que sufriera el pudor de la joven. Todo contribuía á afirmar la opinión de que Mels y la señorita Teresa llevaban una existencia común. Y sin embargo, Mayrault no lo creía.

Solo, frente á sí mismo, repasando sus recuerdos, se decía: «Todo permite suponerlo, y á pesar de todo, no es. No, con aquella mirada franca, con aquella voz pura, con aquella apariencia virginal una mujer no tiene una falta sobre su conciencia. Es inadmisibile y

no merece crédito. Mels ha sido un bienhechor, un maestro; tal vez ha amado á Teresa, tal vez la ame. Pero ella no es más que su protegida y su discípula. No se ha entregado á él. Todo protesta, lo mismo en ella que en mí, contra esa calumnia. Ella es virtuosa y pura. Tengo el derecho de amarla.»

Un ligero ruido, una puerta que se cerraba cuidadosamente y unos pasos que se deslizaban por el suelo arrancaron á Andrés de su meditación. Se levantó súbitamente, y con agradable sorpresa, vió ante sí, en medio del taller, sonriente, á la que tan apasionadamente ocupaba su imaginación.

—¡Le he despertado á usted!—dijo ella.—
¿Estaba usted durmiendo, amigo mío? Le pido mil perdones...

El se dirigió á ella con las manos extendidas para desembarazarla de su sombrilla y de su manteleta:

—No, no debe excusarse, porque, por el contrario, llega usted á propósito. Estaba resuelto á pasar ahora mismo por casa de Mels para verla á usted, á ser posible á solas... Pero creo que el mismo motivo que debía conducirme allí, la ha traído á usted...

—El concurso ¿verdad?

Hízola sentar en un gran sillón Renacimiento de alto respaldo, en el que ella se apoyó con gravedad. Miráronse un instante sin pronunciar palabra, felices de hallarse juntos, gozando de aquel instante delicioso, y sin



ninguna prisa por reanudar el tema de su preocupación. Sin embargo, Mayrault, que se había sentado en un taburete al lado de Teresa, meneó la cabeza y exhaló un suspiro:

—Esa cábala que se ha formado, no se sabe por quién, ni cómo, empieza á resultar, amiga mía, una broma muy pesada. ¿Qué puede importarles, me pregunto, á los que no obtengan el premio, que sea Mels el favorecido? ¿Y qué delirio les mueve á esgrimir contra el maestro el nombre del discípulo que ni lo desea ni quiere nada?

—No, usted no quiere nada ¿no es verdad, Mayrault? Y usted no aceptaría nada jamás, por mucho que insistieran para arrancar su consentimiento.

El se puso encarnado, levantó los ojos á Teresa y con sinceridad:

—¡Supongo que no habrá pensado usted, Teresa, que yo pudiera hacer traición á mi maestro por una miserable vanidad, abandonándole cuando mayor es mi deber de sostenerle!

—No; no lo he pensado. Estoy tan segura de usted como de mí misma.

—¡Sea enhorabuena! Además, ¿con qué derecho aceptaría yo el honor que quieren atribuirme de haber compuesto aquel boceto, cuando usted contribuyó tanto como yo? ¿Aquel trabajo no es obra de entrambos? ¿Y no pusimos de acuerdo nuestros pinceles para interpretar en la tela el pensamiento de Mels?

En una palabra, el verdadero creador es él. Nosotros no fuimos más que sus instrumentos de ejecución. Y sabemos perfectamente que si no nos hubiéramos adelantado para evitarle inútiles tanteos, hubiera pintado el boceto con mayor seguridad que nosotros.

Los ojos de Teresa brillaron de reconocimiento:

—¡Ah! sí, ¿no es cierto? Porque nosotros que le vemos trabajar todos los días no podemos dudar de que tiene más talento que nunca.

La efusión con que hablaba Teresa hirió dolorosamente el corazón de Mayrault. Se sacrificaba con entusiasmo, pero no quería oír en boca de la que amaba un elogio tan caluroso de aquel á quien concedía tantas ventajas. Sus labios se contrajeron, dibujando una sonrisa ni franca ni alegre:

—¡Cuánto le quiere usted!—dijo.

Ella se estremeció obscureciéndose su semblante. En un momento percibió la penosa impresión que acababa de causar á Mayrault. Aquellos corazones, unidos por idéntico afecto, sentían también iguales dudas y angustias. Teresa respondió:

—¿Podría dejar de interesarme por sus asuntos con mayor fervor aun del que él mismo siente?

—¡Es verdad! Usted y él forman una sola persona—dijo Mayrault con amargura.

—No, amigo mío, no formamos una sola

persona, porque estoy dispuesta á sacrificar mi vida siempre que se trate de él. ¿Y qué merecería yo si pensase de otro modo?

Hubo unos momentos de silencio. Mayrault, con la frente inclinada, parecía anodado bajo aquellas palabras que tanto se parecían á una confesión. Teresa erguida en un sillón, con los ojos clavados en la creciente obscuridad que invadía el estudio reflexionaba sin dar muestras de sospechar la turbación de su compañero y las inquietudes que pesaban sobre su corazón. Al cabo de un rato prosiguió:

—¿Qué sería de Teresa Aufridi sin Mels? Todo lo debe á ese hombre perfecto: su independencia, su educación, su talento. De la pequeña vagabunda, ha hecho una mujer, enseñándole la dignidad de la vida y el amor al trabajo. ¡Oh! mi querido Mayrault, ¿cómo podré pagar jamás mi deuda de gratitud?

De pronto, el joven levantó la inclinada frente, hundió sus miradas en los ojos de Teresa, y con voz áspera, casi amenazadora, preguntó:

—¿No está usted en paz con él?

—¿Cómo?

—¿No le ha devuelto usted más de lo que él le había dado?

Ella palideció, sus cejas se fruncieron; pero con gran calma, como interrogando á Mayrault: